

los hierros que impiden su salida y que en vano intenta quebrantar? ¿cómo han sido tan artísticamente formados, que sin dejarle salir, le permiten respirar y vivir con libertad? El hombre, el hombre tan solo ha podido convertir en un juguete al mas fiero de los animales, y dominar todos los elementos.»

«Allí, sobre nuestra cabeza, está la antigua pátria de que el demonio homicida nos ha precipitado: fijad en esto vuestra atención. Si las cosas creadas para el tiempo son tan grandes, ¿qué no serán las cosas hechas para no perecer jamás? Si las cosas visibles son tan hermosas, ¿cuánto no lo serán las que se ocultan á nuestra limitada inteligencia? Si la inmensidad de los cielos traspasa la medida del pensamiento humano, ¿qué inteligencia podrá penetrar en los misteriosos arcanos de la eternidad? Si ese sol que ha de morir es tan luminoso, tan rápido en sus movimientos y tan proporcionado en dimensiones como era preciso para alumbrar el mundo, ojo de la naturaleza que la vivifica con su fulgor, si el sol nos ofrece una contemplación interminable, ¿cuál será la belleza y la luz del sol esplendente de la justicia divina?»

Cuando recorre con penetrante mirada una parte del universo, San Basilio conmueve á su auditorio con descripciones de un encanto inesplicable: presentando ante el pueblo de Cesárea la creacion y los movimientos del mar, termina uno de sus discursos con estas palabras llenas de un entusiasmo oriental:

«He procurado haceros comprender la belleza del Océano tal y como se ofrecería á los ojos del Criador. Ahora bien; si el Océano es magnífico y digno de elogios delante de Dios, ¿cuánto mas habrá de serlo el movimiento de esta asamblea cristiana, donde las voces de los hombres, de los niños y las mujeres, sonoras como las ondas rizadas por el viento al estrellarse sobre la playa, se elevan en cánticos de reconocimiento hasta el asiento mismo de Dios?»

La imaginación poética de San Basilio engalana con pasajes tan tiernos como expresivos, todos sus discursos: la unción evangélica se revela en sus *Homilias* á través de formas apasionadas, que dicen bien en la cátedra del Espíritu Santo, siempre que de ellas se sepa sacar oportunamente partido. La expresión de una bella imagen, no por ser amorosa degenera en profana; el estilo poético, dulce, insinuante, no es impropio de la cátedra sagrada, si con él se acierta á herir las fibras mas puras y delicadas del corazón.

El acierto con que San Basilio supo explicar el gran carácter de la ley cristiana, llamada á restablecer en el mundo la igualdad social por medio de la caridad, le ha conquistado un nombre, un título honrosísimo que le distingue de los demás Santos Padres: llámase á San Basilio el *Predicador de la limosna*; y con efecto, este santo doctor aceptó la silla de Cesárea por amor á los pobres, declarándose su protector y pronunciando muchos de sus discursos en su defensa: fundó para los extranjeros y necesitados un hospital, estableció talleres y llevó á todas partes su prevision y su celo infatigable: muchas de sus *Homilias* son verdaderos tratados morales contra la avaricia, la envidia y el abuso de las riquezas. El estado del mundo exigía un orador como San Basilio, no siendo, como pudiera creerse, una ficción oratoria el pasaje de uno de sus discursos, en el cual el santo describe la desesperación y la incertidumbre de un padre al verse precisado á vender á uno de sus hijos para dar de comer, para cubrir las atenciones de los demás; la miseria, compañera inseparable de la tiranía, ofrecía con frecuencia ejemplos parecidos, y la ley autorizaba estos actos que repugnan al buen sentido y rechaza con horror la conciencia humana.

«Vosotros sabéis, dice á los ricos, vosotros sabéis apreciar el valor del oro, distinguir la moneda legitima de la falsa, pero si se os acerca uno de vuestros hermanos pobres, á este no le conocéis. El brillo del oro fascina vuestra vista y no os permite deteneros á contemplar á esos seres desgraciados que os asedian con sus plantas desgarradas. ¡Qué cuadro podria yo haceros en este momento de la miseria del pobre! El desgraciado tiende su mirada en torno suyo: un aposento desmantelado le priva de todo recurso; no hay una sola cosa que valga dinero, ni una sola pieza del codiciado metal; carece de todo, hasta de la esperanza de poseer lo absolutamente preciso. ¡Qué partido tomar! los ojos de este ser desventurado se fijan en sus hijos: si espone uno de ellos en el mercado público y halla comprador, remediará la miseria de los otros y alejará de sí la muerte que le amenaza: está en duda, vacila.... Contemplémosle en este instante supremo, paremos nuestra atencion en la lucha interior que agita su alma: por una parte la necesidad, el hambre; por otra el cariño, la voz de la naturaleza, los sentimientos del corazon: tan pronto vence la una como la otra: es forzoso resolverse.... Una nueva incertidumbre tortura su alma; ¿cuál de los hijos será el primero? ¿el primogénito? nó, su derecho de primogenitura le defiende: ¿el mas jóven? su tierna edad escita la compasion, ignora quién llegará á ser su dueño, y sus ojos brillan de alegría sin adivinar el peligro que le amenaza.

»¡Hay algo mas terrible que el hambre! De todos los males que pueden atormentarnos es el mayor, de todas las muertes la mas cruel: el filo de la espada mata en el instante: la actividad del fuego consume sin dolor; las fieras hacen rápida presa en nuestro cuerpo; pero el hambre es un largo martirio, es una agonía prolongada, un veneno que se infiltra lentamente en las entrañas para consumirlas poco á poco: es una muerte que tan pronto se aproxima como se aleja, que se la espera con ansia y se la teme con horror. El hambre altera á

la vez todos los principios de la vida, nos roba el calor y consume por grados las sustancias del cuerpo aniquilando nuestras fuerzas.»

De tal modo abogaba San Basilio por los necesitados: tan hábilmente atraia sobre ellos las indiferentes miradas de los ricos, de los opulentos, estremeciéndoles de espanto al mostrarles en toda su desnudez la miseria que despreciaban. Los discursos de San Basilio eran tanto mas admirados, cuanto que al pronunciarlos la debilidad de su cuerpo, mayor aun por las privaciones que voluntariamente se imponia, no fué nunca un obstáculo á la energía en el decir, á la virilidad de la frase y á las valerosas imprecaciones que lanzaba contra el vicio y la corrupcion donde quiera que se manifestase. En las comparaciones, en la alegoría, en todo, Basilio era elegante, claro y persuasivo.

Entre las obras mas notables de San Basilio debemos hacer especial mencion del *Tratado sobre la manera de leer con fruto los autores profanos*: hay en este trabajo crítica, oportunidad é imaginacion: escrito en forma de discurso, San Basilio lo dedicó á los jóvenes que frecuentaban las escuelas, haciendo con él no solo á estos, sino á la posteridad misma, un gran servicio.

Las cartas de San Basilio forman un volúmen del mayor interés; le componen mas de 350, y son una rica miscelánea de la cual puede sacar gran fruto el orador sagrado, el literato y el publicista de nuestros dias.

SAN GREGORIO DE NISSA merece con justicia ser incluido en el número de los doctores de la Iglesia griega, no tanto por su elocuencia, como por sus virtudes, su celo en defensa de la

verdad y sus escritos. Hermano de San Basilio, San Gregorio nació el año 331, se consagró desde muy joven al estudio, casó despues, y por último abrazó la carrera eclesiástica, en la cual se distinguió tanto, que á pesar de su resistencia se vió obligado á aceptar la silla de Nissa, que los obispos de Capadocia le ofrecieron por aclamacion en el año 371.

La calumnia turbó bien pronto la tranquilidad y los trabajos de San Gregorio: los arrianos, que habian disputado mucho acerca de la validez de su eleccion, no pudiendo conseguir su objeto, le acusaron de haber invertido malamente el dinero de su iglesia, y lograron un edicto de persecucion contra él obligándole á tener que ocultarse y permanecer ausente hasta el año 379 en que Graciano llamó á su patria á cuantos por motivos religiosos habia desterrado su antecesor.

La muerte de San Basilio vino por este tiempo á perturbar el gozo que sentia San Gregorio al hallarse entre sus hijos, y aunque inferior á la oracion fúnebre del Nacienceno, compuso una en loor de su hermano como testimonio, no solo del amor que le tenia, sino del respeto, de la admiracion que le inspiraba. El orador no emplea en este trabajo mas que una fórmula, dice Henry, la de comparar sucesivamente su héroe con los santos mas distinguidos de la antigua y la nueva ley. Este discurso es, en efecto, puramente teológico: carece de rasgos de energía y de sentimiento, pero no nos parece la medida mas acertada para dar á conocer el verdadero mérito de los trabajos oratorios de su autor.

San Gregorio de Nissa es, ciertamente, inferior á su hermano; pero no por esto carece de cierta elevacion en las ideas y de claridad en su esposicion. Sus discursos sobre *Los seis dias de la creacion*, con los cuales se propuso continuar el

Hexaméron de San Basilio y explicar algunos pasajes oscuros de la Escritura, demuestran sutileza, intencion, oportunidad, por mas que carezcan de la vivacidad y el calor oriental de la mayoría de los escritos de los Padres de la Iglesia griega, y principalmente del don que su hermano poseia en tan alto grado de embellecerlo todo con la galanura del estilo, los rasgos de la imaginacion y los recursos sublimes de la inspiracion y del sentimiento.

De San Gregorio de Nissa nos quedan unos *Comentarios á la Escritura*, varios *Tratados dogmáticos*, algunos *Sermones*, *Discursos morales*, *Panegíricos* y *Cartas*, siendo la edicion mas completa de estas obras la hecha en París el año 1615, en dos volúmenes en fólío, por el P. jesuita Fronton, á quien se debe la traduccion latina de muchas de ellas.

Las cinco *Homilias* que predicó San Gregorio de Nissa acerca de *la Oracion*, son muy instructivas, y las recomiendan con razon como muy útiles para el orador sagrado San Juan Damasceno, Anastasio Sinaita y Eutimio.

«El que no reza, dice el santo, se aparta de Dios: la oracion mantiene la pureza, reprime la ira, aplaca el orgullo, borra de la memoria la injuria recibida, hace imposible la envidia y despierta la caridad.... Orar es conversar con Dios, entrever las cosas invisibles, disfrutar, en fin, anticipadamente de los bienes que nos están reservados en la patria celestial.»

Hablando de la limosna, dice San Gregorio de Nissa en uno de sus discursos:

«¿De qué os servirá no comer lo que es vuestro, si robais al pobre lo que le pertenece? ¿De qué os servirá absteneros de

comer carne, si no teneis escrúpulo en desgarrar á los que son vuestros hermanos con vuestra murmuracion? Judas ayunó como los demás Apóstoles, pero Judas se dejó dominar de la avaricia, y su ayuno de nada le sirvió. ¿Qué provecho ha de produciros el ayuno del cuerpo, si ante todo no purificais vuestra alma?... Cuando ayuneis, completad la obra, si aspirais á que esta sea meritoria, sea grata á los ojos de Dios. Tomad de vuestro ayuno lo que esos infelices necesitan; aplazad su hambre con lo que quitais á vuestro apetito; llene vuestra plenitud su vacío; el justo temor de Dios iguale dos cosas tan desproporcionadas; vuestra abundancia y su necesidad.... Quitaos lo que teneis de mas, y dad á los pobres lo que les falta.... Los pobres enfermos son los que merecen principalmente vuestra asistencia: los que andan de puerta en puerta, siempre hallan alguno que les dé; pero los que abatidos por su debilidad permanecen en sus mezquinas habitaciones, encerrados en ellas como Daniel en el lago de los Leones, esos esperan vuestra llegada como la de un segundo Abacuch; esto es, aguardan con impaciencia un bienhechor, un amigo de su pobreza y su dolor.

»Acaso me dirá alguno de vosotros que él es pobre tambien; yo concedo que sea así; pero á este tambien debo decirle: Dá á los pobres tus hermanos lo que pudieres. Dios nada nos exige que sea imposible: si ese á quien me refiero les dá pan, otro les dará vestidos: la necesidad del pobre casi siempre se socorre con la caridad de muchos.... Moderad vuestros gastos, no es bien que os parezca todo poco y lo conceptueis todo para vosotros; dad parte á los pobres, á los amigos de Dios, de quien es lo que poseeis. De los pobres es parte de lo nuestro, pues hijos son de Dios y hermanos nuestros.»

Uno de los discursos que merecen elogio entre los de San Gregorio de Nissa es el de *Las luces*, predicado por el santo obispo en la fiesta de la Epifanía, dia en que se bautizaba en

las iglesias de Capadocia á los catecúmenos. Ved aquí el principio de este trabajo:

«Ahora, ahora es cuando conozco con júbilo mi rebaño: ante mis ojos veo mi querida Iglesia, mi muy amada congregacion. Despreciando los cuidados de las cosas temporales habeis venido en tropel para rendir á Dios vuestros homenajes. El templo es reducido para conteneros á todos, y eso que muchos habeis llegado hasta el santuario; los que están fuera forman un dulce murmullo, cual sucede con las abejas alrededor de la colmena mientras las que están dentro elaboran la miel. Rodeado de vosotros, yo soy la imágen del Pastor y mi alegría no tiene límites. El gozo que siento en semejantes ocasiones es estremado; resalta en mis discursos, así como los pastores manifiestan el suyo con sus rústicas canciones. Mas cuando veo que os dejais arrebatar á los extravíos de los gentiles, como sucedió el domingo pasado, siento grandísima afliccion; no me puedo resolver á hablar, solo pienso en huir, busco el Carmelo del profeta Elías, ó alguna roca inhabitable: porque las personas afligidas nada desean tanto como la soledad y el alejamiento de toda compañía.»

San Gregorio de Nissa es conocido en los anales eclesiásticos con el título de *Padre de los Padres*, y se cree por casi todos los autores que su muerte tuvo lugar el año 400, despues de haber procurado durante su vida con gran empeño la unidad católica, defendido la doctrina, combatido á los heréticos y cismáticos, pacificado las iglesias de Arabia y la Palestina, y dirigido el segundo concilio ecuménico celebrado en Constantinopla el año 381.

SAN ASTERO. Poco podemos decir de este doctor y Padre

de la Iglesia griega: la tradicion ha conservado como suyas seis *Homilias* notables por su clasicismo y originalidad. Henry las elogia por el calor de los movimientos, la claridad de las imágenes y el patético de los contrastes.

Traduciremos un trozo sobre *La vanidad de las riquezas*, que basta por si solo para conocer el talento y la brillante imaginacion de este orador, á quien la mayoría de los autores no rinden por lo comun el mas pequeño tributo de admiracion:

«Suponed por un momento que estais de viaje, y que en el camino habeis encontrado un árbol de espesas ramas, á cuya sombra, librándoos de los rayos abrasadores de un sol canicular, reponéis vuestras fuerzas y tomáis aliento para proseguir vuestra marcha. Conseguido el objeto que os habiais propuesto, dejais el árbol hospitalario, cediendo el puesto á otro viajero, á un desconocido, que á su vez reposará como vosotros y se irá despues, no siendo el último que se aproveche del árbol, ni el último que bajo su sombra experimente el mismo placer. Otros muchos llegarán, descansarán y se alejarán despues de él. En un dia el árbol habia servido de descanso á una docena de viajeros, para quienes estoy seguro pasará desapercibida la leccion que acaban de recibir. Ved ahí la imagen de los bienes, de las riquezas de este mundo; son muchos los que de ellas disfrutan alternativamente, su propiedad, sin embargo, tan solo pertenece á Dios. Por esto yo me admiro cuando oigo decir con tanta frecuencia: *Mi campo, mi casa*; como si por el uso de una sola sílaba pudiéramos apropiarnos estos objetos para no separarnos de ellos jamás. Lo que es nuestro en realidad, lo que podemos decir *mio*, es nuestra indigencia y desnudez: todo lo demás es un préstamo del cual disfrutamos muy pocos dias. Aquella corona, esa espada, esta toga no son sino disfraces de teatro que nos es lícito llevar atendido el papel que representamos en la escena de la vida, pero que abandonamos

despues segun los hemos recibido. Esa tumba y el paño que la cubre sirven para muchos cadáveres; del mismo modo esas brillantes vestiduras y esos oropeles que nos cubren pasarán á diversos personajes, sin que de ello se aperciban, como nosotros en esto paramos muy poco nuestra atencion.»